

ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

Escribe el autor en las páginas de presentación: "El resultado ha sido un ensayo coyuntural sobre el concepto de socialismo democrático. Ensayo en un doble sentido de primer tanteo a la búsqueda de un camino nuevo y de género literario que se salta la prueba y la documentación, limitándose a comunicar las conclusiones. Coyuntural, tanto por la función a que aspira —contribuir a una nueva claridad en la actual discusión sobre el socialismo— como por los elementos que maneja, que encajan todos en coordenadas históricas bien precisas. El objetivo es diferenciar el socialismo democrático de los conceptos concurrentes: socialismo marxista y socialdemocracia". Así, el libro del señor Sotelo, (1) organizado con artículos o trabajos aparecidos en diferentes publicaciones a partir de 1976, articula un discurso político que integra desde la cuestión genérica del socialismo hasta el replantea-

miento de una nueva estrategia, la descripción del modelo revisionista y del modelo leninista, la crítica del marxismo ortodoxo y sus irrealismos, el eurocomunismo y, en fin, la problemática específica de la reforma política en nuestro país. Cuestiones todas que, aunque dotadas de autonomía, se contemplan —quizá con ciertas reiteraciones— como totalidad global y en sus encadenamientos, en tanto en cuanto problemática fundamental de un proceso histórico. Un proceso que, llegados al momento en que hemos llegado, y sean cuales fueran las causas históricas que lo han generado, coloca a la izquierda socialista, siglas aparte, en el conocido dilema de renovarse o morir. Morir, se entiende, como fuerzas reales de cambio. Porque sobrevivir como nombre comercial, o como organización, o como máquina de poder, incluso como ajado símbolo, es otro problema.

El socialismo democrático, la utopía ecléctica

¿RENOVARSE? ¿Renovarse o transformarse —asumiendo y superando— en algo distinto y nuevo? Ahí reside el ser y no ser de la cuestión. Lo cierto es que tal como los problemas se exponen, con el talante, sobre todo, que se tratan, el trabajo del señor Sotelo, aunque no sea esa probablemente su intención, parece más cerca de la "reforma" que de la ruptura, de la renovación que de la transformación, de la "revisión" que de la visión nueva. Lo cual no importaría nada a la coherencia del discurso si en el mismo no se afirmara explícitamente la intención de encontrar una nueva vía: la que abriría la práctica democrática y socialista, generada en una nueva estrategia, de un partido socialista y, por tanto, democrático. Es decir, la tercera vía. La alternativa entre la socialdemocracia y el "socialismo marxista". En el centro geométrico, en el punto equidistante de ambos. Pero, ¿existe realmente, en política, el centro o éste sólo es un invento realmente inaplicable en los espacios socio-económico-políticos? Primera duda. Al margen de esta interrogante de principio, e independientemente de la pertinencia o no pertinencia de las metáforas empleadas para señalar el hecho —por lo demás, perfectamente justo— de la complejidad e interdependencia de las relaciones base-superestructura, la crítica del dogmatismo que

FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL

el libro asume, y la perspectiva desde la que se hace, parece difícilmente impugnables. En efecto: en cierto sentido, tal como la dogmática al uso lo ha entendido y practicado, el "socialismo marxista", más que palanca para el cambio, resultaría hoy obstáculo

y rémora o, en el peor de los casos, burocracia y represión. Ciertamente parece también que "el gozne que une la filosofía, la política, la sociología y la economía de Marx es la concepción del proletariado como clase objetivamente revolucionaria". Y ocurre que la api-

sonadora de la Historia, una vez más, se ha encargado de laminar esa científica previsión. El mesías destinado a cruzar de una gran zancada el hondo foso que separa la prehistoria de la Historia, el elegido para hacer saltar el viejo orden y construir conscientemente, racionalmente, científicamente, el socialismo; el protagonista de la misión histórica, la clase que pondría punto final al gran despliegue de la idea, parece sencillamente que no está por la labor. Lástima. Sin embargo, todo el imponente edificio del marxismo como ciencia se alza sobre esta intuición previa de genealogía hegeliano-cristiana. Intuición, como es sabido, que no parece haberse verificado. Entre otras cosas, porque lo real es siempre más rico que el discurso que quiere contenerlo. Así, la realidad deviene constantemente en algo nuevo que no era antes, mientras que el discurso, ¡ay!, permanece idéntico a sí mismo. ¿Cómo entonces apresarla?

Por eso, contrariamente a lo previsto, la sociedad capitalista no ha elaborado en su interior las condiciones materiales para su propio vuelco, sino, al contrario, se diría que la instauración de una nueva sociedad implica previamente la transformación de la producción y de la cultura. Aunque el marxismo no sea sólo un discurso científico, sino también un discurso moral: la ética de la ruptura como liberación. La cuestión, claro está, es fijar en una praxis concreta cómo y en qué manera, hoy, aquí y ahora se



Ignacio Sotelo.

(1) Ignacio Sotelo: "El socialismo democrático". Taurus.



Francisco Umbral.

ADIOS A LAS LETRAS

vo lugar en un sótano. Como pocos ignoran ya a estas alturas del escaso verano, el libro de Umbral nace en una omnipresente casa de putas de donde un niño al que Umbral hace su alter ego —Umbral es el alter ego de la literatura española, de modo que este niño es también su otro yo— saca todas las experiencias que le permiten tener un prisma con cuyos colores él pinta la Historia de España. Y Umbral ve esa historia como si caminara desde un submarino y viera desde abajo, deformadas por el periscopio y la memoria del presente, las escenas más importantes o menos notorias de nuestra historia de salón y de retrete.

El conjunto es un volumen regocijante que Argos Vergara nos ofrece como libro de la estación veraniega y que Umbral quemó convenientemente antes de que el conjunto Los Pegamoides, que ilustró musicalmente la introducción de "Los helechos...", destruyera nuestros tímpanos.

Evidentemente, del libro quedaron las cenizas. ¿Cómo quemar las cenizas? Las cenizas son la memoria, el pasado, lo que queda de lo que queda. Allí las dejó Umbral, sobre un barreño de cerámica al que luego, impudicamente, los jóvenes asistentes a la discoteca El Sol, donde tuvo efecto el desaguisado, tiraban sus cenizas y sus chicles. Se tiene respeto por las palabras, pero no por las cenizas de las palabras, a las que se destinan otras cenizas, lapilli que ocultan la pureza de la primera ceniza, la ceniza que dejó el fuego prendido adrede.

Umbral decía que iba a quemar un libro. Quemó una historia, una guerra, una antorcha interior. Por fuera siguió viviendo una antorcha que nadie va a quemar, porque es la antorcha de la palabra, el silencio y la solidaridad.

Al salir de la discoteca, me encontré, a punto de puente aéreo, a Mario Lacruz. Viajaba, de nuevo, hacia Barcelona. Atrás dejaba una historia de rocks y de cenizas. Dentro se llevaba una frase que es casi suya, porque él la repite: este es un país con mucho porvenir por detrás. La destrucción invocada por Umbral y el pesimismo risueño e histórico de Mario Lacruz se daban la mano en el silencio ruidoso del barrio más denso y extraño de Madrid. ■ SILVESTRE CODAC.

Las cenizas

DEL libro de Umbral "Los helechos arborescentes" sólo quedaron la semana pasada en una "bolte" de Madrid las cenizas que de él produjo su autor. El mismo lo contó en su artículo diario en el periódico "El País", de modo que poco puedo yo añadir a su giro romántico y seco sobre los talones en los que dejó a la literatura.

Umbral tiene el don de la anticipación, porque la suya es, en apariencia, una literatura del pasado. No hay nada mejor que tener memoria para recuperar con facilidad lo que está en el porvenir.

El dice que esa es una virtud que él heredó de los románticos, y no le falta la razón, porque románticos eran los que inventaron la memoria para construir lo que iba a pasar. Cuando Umbral trata de decirnos que aprendió de Shelley o de Larra o de Baudelaire, está, en verdad, engañándonos, porque él no está mostrando aprendizaje alguno: es su memoria la que ha almacenado esos datos y los está usando como ciniento para una expresión que si tiene algo rabioso en el interior es precisamente la actualidad de su rabia.

La destrucción que hizo Umbral de su última novela tuvo un marco adecuado, porque se produjo cerca del barrio de las putas de Madrid y tu-

produce esa ruptura. En un primer análisis, parece que en la dialéctica superestructuras-infraestructuras, aunque lógica y metodológicamente éstas precedan a aquéllas, sin la dinamización de las primeras, el cambio de las segundas no parece posible. Esto y no otra cosa es la revolución cultural. Si se acepta esto, y si el socialismo se entiende como instauración de una nueva sociedad y una nueva vida y, por tanto, ruptura con lo dado, es imposible teorizar sobre un nuevo modelo socialista sin impugnar antes el concepto mismo de política tal como hoy se entiende y la idea misma de partido tal como hoy la representa. Todo lo demás son aproximaciones. Desde esta perspectiva, "Socialismo y democracia", aunque a veces apunte hacia esos horizontes, resulta un enfoque rigurosamente ecléctico: lo mejor de la socialdemocracia, la libertad; lo mejor del socialismo marxista, un análisis de la sociedad capitalista "que sigue definiéndose por la contradicción capital-trabajo". Contradicción que, "aunque de efectos sociales muy distintos a los previstos por Marx", no se podría negar, so pena de hacer desaparecer el socialismo "incluso como perspectiva". Colocado en este razonable centro, la solución habría que buscarla no tanto desde la perspectiva de una revolución cultural que subvirtiera la idea misma de política como toma del poder y la idea misma de partido como organización para lograrlo, sino más bien al revés: en la expectativa de un "partido de nuevo tipo" capaz de generar aquélla. Pero tomando implícitamente por principio de explicación —el partido de nuevo tipo—, lo mismo que debe explicarse la diferenciación entre la socialdemocracia y lo "otro" se desdibuja y no resulta muy convincente. ¿Qué diferencia habría entonces entre el eurocomunismo y el socialismo democrático? Porque la crítica que el libro esboza sobre la política eurocomunista es más bien una crítica de intenciones. La cuestión no es esa. Porque lo cierto es que mientras no se demuestre lo contrario, y todavía

no se ha demostrado, la política eurocomunista es tan socialista y democrática como la política del socialismo democrático. Es, sí, la respuesta a una situación de hecho: la creada por el desarrollo neocapitalista en las sociedades industriales avanzadas. Una táctica y una estrategia, sí. Pero ni más ni menos. No una táctica de la táctica ni una estrategia de la estrategia. La cuestión no es esa. La cuestión es saber si, tal como

están las cosas, tal como están los aparatos ideológicos de dominación, esa política, basada en definitiva en términos de poder, es posible. Posible a dos niveles: si puede alzarse con el poder y, en la hipótesis afirmativa, si no tiene que hipotecar todas sus posibilidades de generador de cambio real para llegar y perdurar en él. ¿Qué hacer, entonces? Ser radical, decía Marx, es tomar las cosas por su raíz. Y la raíz de este

dilema, en nuestras circunstancias y con la experiencia que la izquierda socialista europea tiene ya acumulada sobre sus cansadas y apaleadas espaldas, parece que pasa por un nuevo enfoque de la política no como toma de poder, sino como toma de la sociedad. Por la transformación de los "partidos políticos" en movimientos sociales. Por la articulación, por abajo y desde abajo, de esos movimientos. Por

la reinvencción de una nueva praxis democrática y no electorocrática. Por una concienciación profunda, a nivel de sociedad civil, capaz de anular la ideología neocapitalista que se infiltra sinuosamente a todos los niveles y convierte el rechazo del sistema en integración pactada y consensual. Por la extensión de la "experimentación social" a los propios partidos. ¿Hasta qué punto éstos pueden asumir esta auténtica revolución del campo de lo político negándose a sí mismos e hipotecando —a corto plazo— sus clientelas de orden? ¿Hasta qué punto la inercia que les grava y los procesos en que —sujetos y objetos— se han visto involucrados les imposibilita para esta autotransformación?

¿En qué medida todo movimiento social está fatalmente condenado, al final de su periplo, a convertirse él mismo en organización o disolverse en institución? Sólo la práctica puede contestar a estos interrogantes. En todo caso, mientras tanto, todo discurso sobre el socialismo democrático y todo intento de delimitación de una política revolucionaria y no socialdemócrata pasa por estos meridianos. Lo "utópico" es lo otro. ■ Foto: P. NOGUERA, Archivo de "El Socialista".

Procesos electorales en Marruecos (1968-1977)

La aparición de este trabajo sociológico (1) viene a llenar un importante vacío político, cultural, social e histórico. No es ningún cliché o estereotipo, no hay el menor riesgo de que lo sea, señalar la enorme laguna existente entre nuestro país y el vecino Marruecos. Casi puede decirse rigurosamente que existe un cierto desprecio, producto de nuestra antigua relación colonial, hacia los problemas de los "moros", como despectivamente son denominados los marroquíes. Los recientes referendums celebrados en Rabat han pasado casi inadvertidos por los principales órganos de opinión españoles.

(1) "Procesos electorales en Marruecos", Bernabé López García, Centro de Investigaciones Sociológicas.

En este sentido ha desaparecido la dictadura sin que hayan desaparecido los prejuicios en relación con Marruecos. Seguimos en la misma situación que antes o durante la dictadura. Desde cualquier ángulo que se enfoque no cabe registrar mayor ignorancia en el conocimiento de un país con el que somos fronterizos y con el que, además, tenemos serios contenciosos históricos aún por resolver. Desprecio e ignorancia —se alimentan mutuamente— que son enormemente dañinos para las relaciones entre los dos países y especialmente para nosotros.

El estudio del profesor Bernabé López García, uno de los pocos arabistas que forman la exigua "harka" dedicada al análisis de Marruecos, es un considerable punto de partida en la recuperación de todo este tiempo perdido. La investigación sociológica de los procesos electorales en Marruecos durante cerca de dos decenios es una importante aproximación político-económico-social a la realidad de nuestro vecino. De hecho rompe con toda una serie de esquemas sobre este país y nos traslada a una realidad que es mucho más rica, fluida y contradictoria que la que proporciona una visión eurocentrista —mucho más acertado sería decir en nuestro caso carpetovetónico centrismo— del mundo árabe.

Importancia que aumenta, para las fuerzas de izquierda de nuestro país, cuando se constata con relativa exactitud las condiciones en las que trabaja la izquierda marroquí. Porque la izquierda española refleja "malgré lui", adaptándola a su lenguaje y óptica peculiar, la ignorancia y el desprecio por sus hermanos de opinión marroquíes en la misma medida y grado que la derecha

española y España desprecia lo que ignora e ignora lo que desprecia de Marruecos. ■ MIGUEL MARTIN.

Moriscos y cristianos, enfrentados

IGNIGO Herrero se equivocó. Íñigo, morisco, moro por los cuatro costados, se casó con una cristiana vieja. Esta, también paloma equivocada, al cabo del tiempo, y habiendo visto lo que había visto y sentido lo que no había sentido, se fue al Tribunal. El de la Santa Inquisición, naturalmente. Y allí declaró que su marido "se tenía por afrentado de acostarse con aquella perra, diciéndole por ser cristiana y venia de cristianos viejos".

El hecho de que una cristiana vieja y un morisco pudieran contraer matrimonio advierte ya sobre el grado de convivencia existente entre las dos comunidades, los cristianos y los musulmanes. Claro, que unos mostrándose sin tapujos y los otros, a escondidas y con el pico cerrado. Se convivía, pero a zurriagazo limpio, y las hogueras llameando en las conciencias. Los cristianos llevaban la sartén por el mango, pero los moriscos alzaban el gallo cuando podían. Había lugares en los que predominaban. Por ejemplo, un fraile francés encontró, en 1532, un pueblo en Aragón en el que no había más que un solo hombre, un navarro, que fuera cristiano viejo. En otros lugares lo que salvaba a los marginados era la máscara de la conversión. Donde podían, que era casi en todas partes, los cristianos se hinchaban a ensuciarse en Muhoma y en toda su parentela. Pero gentes como Ana de Almoraví —qué nombre para un tablao— podían

exclamar con mofa al paso de una procesión encabezada por un crucifijo: "¡Válame Dios, qué Jesusazo tan grande!".

Sobre toda esta reyerta acaba de aparecer un selecto estudio del profesor Louis Cardaillac, uno de esos hispanistas que, desde Francia o los Estados Unidos principalmente, están reconstruyéndonos sobre nuevas bases, sin emblemas preconcebidos ni alegorías a la purpurina, la Historia de España y la historia de su cultura. Aquí tenemos investigadores de primera magnitud, pero son pobres y el Consejo Imperial Superior de Investigaciones Científicas en Derribo no da para más. Por eso la ciencia literaria e histórica, y también la otra, nos llegan de fuera tantas veces. Y en esto no hay cristianos viejos que valgan, porque esos hispanistas a lo peor son protestantes o, mucho peor, agnósticos y ateos. Así son las cosas de este perro mundo.

Cardaillac presenta en su libro (1) un animado mapa sobre el enfrentamiento que vivieron, entre 1492 y 1640, las comunidades hispanas de la cruz y de la media luna. Un enfrentamiento que significó desgarradura gravísima en el cuerpo social, económico y cultural de España. Cardaillac ha construido su obra a partir de las fuentes naturales mismas de la Historia, es decir, a partir de los archivos de nuestra madre la Santa Inquisición. Madre nuestra porque de ella nació, por lo menos, la mitad de esta patria que tantas veces se ha alzado contra sí misma, matando, a veces, como decía Larra, a su otra mitad.

(1) "Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)", Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1979.

